

# Apertura a lo incomensurable

## El concepto y valor del símbolo hoy

Gloria Luque Moya

En el lenguaje común, la palabra símbolo suele hacer referencia a algo que viene a representar otra cosa, sin una conexión obvia, natural o necesaria. Dentro del ámbito de las ciencias humanas, es comúnmente aceptado que la cultura es simbólica. El antropólogo Leslie White (1959), introdujo la idea de que la cultura tuvo su origen cuando nuestros antepasados adquirieron la capacidad de simbolizar, es decir, de crear y dotar de significado una cosa o hecho. Esto es, la capacidad simbólica es para los seres humanos una característica esencial, algo que para algunos autores como Mircea Eliade es co-sustancial. Dicha capacidad nos hace vislumbrar aspectos de la realidad más profundos, imposibles de acceder por otras vías de conocimiento. En este sentido, siguiendo a Gadamer, podemos decir que la experiencia de lo simbólico es experiencia de un fragmento de ser que nos evoca a un orden íntegro, el cual nos desborda. Lo simbólico nos lleva a través de una experiencia evocadora, donde hallamos la aparición de algo inefable, la venida de un sentido que se nos muestra de manera sugerente, sin agotarse.

Ahora bien, si consideramos el símbolo desde nuestro contexto actual y cotidiano surge una serie de preguntas del tipo ¿cómo podemos sustentar el símbolo en nuestros días? ¿Qué conclusiones podrían extraerse del símbolo y su estudio? ¿Tiene actualidad el símbolo en nuestra sociedad o, por el contrario, es cosa de nuestros antepasados? Responder o, al menos, aportar algunas indicaciones a estos interrogantes será de lo que se ocupen estas páginas.

La primera pregunta que nos planteamos, cómo se sustenta el símbolo en nuestros días, puede hallar respuesta si recordamos como Hans George Gadamer introducía su estudio del símbolo. Gadamer recurre al *Banquete* de Platón, remitiéndonos al relato que hace Aristófanes sobre el amor: los seres en un tiempo pasado eran andróginos, pero al querer situarse en el lugar de los dioses éstos los separaron en dos. Desde entonces, el hombre ha buscado incesantemente su complementario. Gadamer atribuye al símbolo ese papel de complemento y propone éste texto para mostrar cómo cada hombre es fragmento de algo, un fragmento que busca a su complementario para que lo reintegre.

La extrapolación de esta narración a la experiencia del símbolo, nos aporta esa imagen de búsqueda incesante que no acaba, ya que la comprensión del símbolo no se da de modo inmediato como tal, sino que remite, evoca, aporta su sentido a medias. Lo que Gadamer nos plantea, y podemos conectar con el filólogo alemán Friedrich Creuzer, es que la experiencia de lo simbólico es experiencia de un fragmento de ser que promete complementar en un todo en el que se integra, la experiencia de símbolo nos evoca a un orden íntegro posible. Es decir, el símbolo será aquel ámbito humano que nos permite experimentar lo universal en lo particular, captar lo fugitivo.

Como el mismo relato decía, todo hombre busca completarse, y su búsqueda de lo simbólico le hará participe de un insoluble juego de contrarios, que muestra y, a su vez, oculta. Ahora bien, parece que en la sociedad de nuestros días, marcada por el desarrollo científico y tecnológico, la globalización y la información, en la que los discursos filosóficos se han convertido en metarrelatos y la verdad se nos revela como ilusión, no tiene cabida proponer el símbolo como aquel que nos desvela algo esencial, que promete completarnos. No obstante, precisamente por las características de nuestro contexto, en el que el capital y el individualismo marcan la vida de las personas, no sólo puede sino debe tener cabida aquella obra que nos remita a un más allá de las políticas y economías que dominan nuestros días. El símbolo en nuestros días no es el portador de sentido, no es mero concepto, sino *enérgeia*, como dirá Teresa Aizpún. Éste nos conmueve, nos aterra, nos alegra, pero ante todo nos lleva a comprender la incomensurabilidad de la vida.

El símbolo tiene cabida porque se atreve a acercarse sin sentencias reductoras a la realidad. Deja a un lado la subjetividad narcisista que nos rodea, para abrirse paso en un mundo invisible y colmado de posibilidades. La necesidad del hombre de enlazar con lo originario, con la realidad desprovista de tupidos tamices que la depravan. Esto no nos acucia a versiones extravagantes de interpretaciones simbólicas de la antigüedad, sino que nos abre un camino de reflexión, de interpretación no mecánica, que informa de nuestra finitud.

Cuando hablamos de símbolo no hay que identificarlo directamente con una imagen religiosa, sino que más bien se trataría de ese lenguaje que Heidegger pretendía escuchar. El símbolo nos hace partícipes de un misterio; misterio porque no es manifiesto como tal, sino que a través de él se nos revelará fragmentos, sugiriéndonos y dejando su huella en nosotros. En este punto ocupará un papel clave la imaginación, y en concreto la imaginación simbólica.

Antes de continuar, es importante hacer un inciso respecto a un rasgo relevante del símbolo, que es su papel social. El lenguaje simbólico implica una intimidad con la realidad y sociedad que es propia de una cosmovisión cultural. La fuerza de éste radicarán en el papel atribuido por la comunidad que lo comparte. Se podría decir que cada sociedad tiene sus propios símbolos, su propia configuración de la percepción que determinará el diferente acceso a los mismos. Se trataría, por así decirlo, de valores simbólicos compartidos inconscientemente por los miembros de una cultura. Esto indica que ellos serán comprensibles en la medida en que los situamos en el contexto propio en el que se realizó.

Sin embargo, esto no implica que personas foráneas a esa cultura no puedan tener acceso a los mismos. Indiscutiblemente, el griego de la época clásica podría tener mayor facilidad para captar, por ejemplo, el simbolismo hallado en las obras artísticas de su periodo, pero ello no supone la imposibilidad de acceso a las mismas, por parte de personas de otros lugares y épocas. Más bien todo lo contrario, el acceso mediante el símbolo a otras culturas nos permite establecer un diálogo entre iguales, pues todo ser humano comparte dicha capacidad simbólica. Por ello, hemos de aprender a demorarnos en la experiencia simbólica, pues, sólo en la interpretación pausada, el símbolo nos evocará nuestra finitud frente a lo imperecedero.

El símbolo supone contenido de la realidad que excede toda explicación y es creado desde el proceso creativo de la imaginación. La imaginación será el desencadenante de la creación de sugerentes imágenes, que acogen los contrarios y reúnen infinitas posibilidades; situándose en una esfera lúdica donde todo es posible. La praxis creativa de la imaginación conllevará recuperar «el instinto creativo» que nos constituye, y que nos insta en el continuo suceder de la realidad. Esta acción que se considera alejada, complicada e incluso oscura al explicarla, que parece no tener cabida en nuestras vidas contemporáneas, resuenan en nosotros si consideramos su potencial a través de las palabras del poeta y artista Henri Michaux, sobre un arte tan vivo y tan simbólico como es la caligrafía china:

«En esta caligrafía —arte del tiempo, expresión del trayecto, del recorrido— lo que suscita admiración (al margen de la armonía, de la vivacidad, y dominándolas) es la espontaneidad, que casi puede llegar hasta la fragmentación.

No seguir imitando a la naturaleza. Significarla. Mediante trazos, mediante impulsos.

Ascesis de lo inmediato, del relámpago.

Tal y como aparecen actualmente, alejados de su mimetismo de antaño, los signos chinos tienen la gracia de la impaciencia, el vigor de la naturaleza, su diversidad, su inigualable forma de saber doblarse, de resurgir de enderezarse.

Como hace la naturaleza, la lengua en China propone a la vista y no decide.

Su escasa sintaxis que invita a adivinar, a recrear, que deja espacio para la poesía. De lo múltiple sale la idea.

Caracteres abiertos a varias direcciones.»<sup>1</sup>



Escritura (1966), tinta sobre papel, Henri Michaux, *Captar*.

*Gloria Luque Moya es becaria de investigación del  
Departamento de Filosofía de la Universidad de Málaga*

#### BIBLIOGRAFÍA

AA.VV. *Símbolos estéticos*. Sevilla: Universidad de Sevilla Secretariado de Publicaciones, 2001.

Creuzer, Friedrich, *Sileno. Idea y validez del simbolismo antiguo*. Barcelona: Serbal, 1991.

Gadamer, H.G., *La actualidad de lo bello*. Barcelona: Paidós, 1991.

Gombrich, E.H., *Imágenes simbólicas*. Madrid: Alianza, 1994.

Maillard, Chantal, “La razón estética: una propuesta para el próximo milenio” en De Santiago Guervós, Luis E. y Maillard, Chantal. *Suplemento de Contrastes 4: Estética y Hermenéutica*.

Mauss, Marcel, “Técnicas y movimientos corporales”, en *Sociología y Antropología*. Madrid: Tecnos, 1979.

Michaux, Henry, *Ideogramas en China. Captar mediante trazos*. Madrid: Circulo de las Bellas Artes, 2006.

White, Leslie, *The Evolution of Culture. The Development of Civilization to the Fall of Rome*. California: Left Coast Press, 2007.

1. Michaux, Henry, 2006. *Ideogramas en China*. Madrid: Circulo de las Bellas Artes., p. 29